1

CINE PL 233713



BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

10 cénts.

1
233713

47/1505152



MADRID
NACIONAL

CINE PLACER

I

Estos locales donde reina una semiobscuridad, propicia al amor práctico; estos amenísimos cines algo apartados del Centro en que se suelen dar cita cuantas muchachas han probado el besuqueo inenarrable de la dicha y no pierden ocasión de saborearle con deliquio hasta que queda reducida a su más mínima expresión su fogosidad.

En fin; no quiero continuar, porque comprendo que me voy a poner tonto; y la verdad para *tontos* ya son bastantes los que descubrimos, o palpamos, o encontramos, sin querer en los cinematógrafos arrabaleros y aún en los que no lo son.

Nos referimos, naturalmente, a los tontos de capirote que van en busca de gangas, y lo que suelen hallar es tal cual bofetada macho, algún que otro mogicón hembra, o cuando menos una catarata de pala-

R. 3224093

brejas malsonantes con que las víctimas... (digo víctimas, sin verdugo se comprende) de las audaces maniobras no han llegado a colmar sus naturales ardores, mal despiertos gracias a una mano libertina que ha querido emprender excursiones pecaminosas de sabor picante.

El *Cine Placer* (que por llevar el sobrenombre glorioso y enternecedor de nuestra colección) resultaba de suyo, ameno y divertido, ganaba aún en estos tiempos, en popularidad gracias a las eróticas aventurillas, a los picantes-incidentes que en sus ámbitos desarrollábanse.

La primera pareja que llama nuestra pluma a que la describamos, está constituída por una jovencilla desparpajada, ojinegra, de miradas románticas y vestida de un modo cursi y desmadejado: para ella todo lo que no sea *cine* la tiene sin cuidado, Eso si el *cine*, además de los films arrebatadores de pasiones desbordadas, de acontecimientos más antiguos que el llover hacia abajo, pero de efecto seguro, como madres que abandonan sus hijos al nacer y les hallan ya en edad de casarse; hijos que deshonran muchachas casaderas y luego huyen con una cocotera cualquiera y fenecen; él, víctima de la borrachera y ella del vicio de la morfina... etc., etc.

—¡Lida! ¡Lida mía!—exclama el estudiantillo que acompaña a nuestra joven espectadora, estudiante de Derecho ¡como no, si es la asignatura, que se cursa más y mejor en los cines!

—¡Oh! *¡Conde!*... ¡Qué amable!...

—*Lucile* es tu prima *Margot*.

—No quiero... que ella no sabe explicarte los argumentos como yo.

—¡Ah! No me hables de argumentos... querida Lyda.

—¿Qué te ocurre, *Conde*?

—Nada; que no he podido comprender éste de la *Pantera del Desierto* que tengo aquí en el bolsillo...

—Sácalo: yo te explicaré lo que no entiendas..

—¡Oh! *Lucile*... digo *Lyda*!

—¡Ah! ya me confundes...

—No, confunda, no; que se confunde cualquiera con tanto argumento. Toma el mío. Luego me lo explicarás.

Ella toma en sus manos ávidas el argumento; menos mal que hay grabados y a la luz opaca de las bombillas rojas pueden cambiar besos y abrazos sin cuento; la mejor manera de explicar un argumento de placer.

***

Oigamos otro diálogo. Se trata de una

chica modista de esas sensiblotas y ávidas de emociones morbosas y picarescas (que las hay) y su pareja, un escultor pobre, pero honrado, joven, pero con atributos artísticos capaces de complacer a la más exigente de las cinematograferas:

—Si no me das tu mano... me envenено... como la Condesa.

—Tómala!... Y ¡que robusta estás, preciosa! Ah! Ya hallé el hilo!

—Será de los que siempre acogemos en el obrador...

—¡Oh! ¡que liga tan satinada!

—Pero si es la piel, borrego!

—Y que madeja! ¡Oh! ¡Que madeja!... me deja... cuasi espatarrado. ¡Oh!

—¿Ya desbarras? ¡Ay! que dedos tan macacos tienes... y fríos además!

—Y la tienes rubia, tu también?

—¡El qué!

—La peluca como esa niña sensible hija de la Condesa.

—Pero ¡qué te estás enredando, charrán!

—Si me refiero a la película!... Tu peluquita, o tu madeja, rubia y todo yo la tendría entre mis dedos hasta la eternidad.

¡Ay nene!... Cuidado!... que me despeinas!...

—Toma! Toma!...—aquello eran óscu-

los en la ladera del cuello.

—Pues ¡dame! dame!... Eres un perdido, pero con gracia!

—Y con suerte, que lo digas, prenda!

—Me has mojado, Pablillo. Granuja; que manera de besar!...

—Claro! Como que se me ha salido la mecha del encendedor.

—Si no es bencina; que es...

—«Bombones finos!»—repetía la voz del chico de los caramelos.

II

Pasemos a otros amartelados, pegados y aglomerados como la cal y el ladrillo.

Se trata de un grupo completamente del ramo de guerra, ella una jamona, viuda de un coronel (bueno: pongamos «capitán» y gracias). de caballería que, como todos ellos ¡ay, sí! montaba a las mil maravillas en la hora del amor o del deber, indistintamente. *El*, un sargento de artillería de montaña, apuesto y dicharachero, como casi todos los de su clase.

Como se trataba de una pareja con cierto barniz de cultura, y a ella la gustaban con delirio las aventuras guerreras,

narraciones de batallas campales, etc., el sargento Mochales, qus era un vivales, además, la llenaba los oídos con frases rebuscadas, descripciones metafóricas de ampulosidad y la colocaba en fin cuantos relatos hacían volara en ella la fantasía en tanto que los expertísimos dedos de él volaban así mismo entre los pliegues de las prendas interiores. Aquella noche el sargento Mochales, refería a la viuda doña Clarita del Todo, los azarosos momentos, emociones y episodios de una acción de armas en forma de

FANTASIA GUERRERA

(Advirtamos que este rótulo mismo, acababa de aparecer en la tela blanca del cine en letras gordas muy visibles, de lo que quiso sacar partido).

—«Figúrate, mi vida... Fijate en el cuadro: En la quietud sublime de la noche el campo de batalla aparecida a la luz argentada de la luna, *albo* y *extenso*, ofreciendo una deliciosa perspectiva». *(Ella suspira con avidez y ansia de saber).*

«Entensas planicies, suaves ondulaciones, surcadas por leves riachuelos azulinos casi imperceptibles, blancas colinas cubiertas, al parecer de nieve; laderas y veredas; bosquecillos escondidos en repliegues del terreno, con ténue y aromática

vegetación, y otro más extenso, más áspero y más visible, ocupando centros lugares entre suavidades marmóreas.»

«Este soberbio conjunto en la muelle quietud del sueño había de ser turbada y más turbada más adelante, violentamente por el ataque alevoso.»

(La sensualizada viuda, escucha más y más sobreexcitada y se remueve en su asiento en tanto el sargento, florido y epicúreo, prosigue su narración).

—«La columna enemiga, con su vanguardia bien guarnecida y su retaguardia bien aprovisionada, comenzó por realizar un reconocimiento general del campo en donde debía maniobrar.»

«Con cautela y suavidad iba reconociendo los accidentes todos del terreno; ascendía a la cumbre de las blancas colinas, donde se erguía, brioso y fiero al primer contacto, el despierto centinela; recorría las laderas y los surcos, se insinuaba en los poblados bosquecillos y recreándose sobre la gran planicie que afectaba la cóncava forma de la tierra, se preparaba resuelta y malévola, el ataque decisivo contra la espesura de la selva que en esta gran planicie se iniciaba.»

(Ante el sesgo que toma la cosa, la viuda requiere una mano del aguerrido sargento

narrador y se la coloca entre sus dedos: la emoción crece por momentos).

—«El ejército atacado al sentir invadidos sus territorios y ante la inminente acometividad de la columna enemiga, parecía favorecer con táctica estratagema, los planes del invasor, desplegando sus poderosas columnas en ángulo para atraer hacia su vértice al impetuoso enemigo...»

. . . . . .

—Basta! Basta!—clamaba ella separando las columnas y dejando paso franco a la invasora acción del enemigo. Este que no era otro que el propio sargento, astuto y libertino, logró con su táctica militar la victoria más completa sobre las fuerzas enemigas. Luego como la *victoria* no fué más que ficticia, pues se gastó más en pólvora que en municiones, la viuda, cálida y despechada, precisámente ante tan ínfimo combate, le dijo al oído:

—¡Ladrón! En casa te espero esta noche... Allí verás si cuento con reservas de campaña y sí te será tan fácil batir al enemigo como en un cine como este, donde las *fuerzas* no pueden moverse a gusto del general que las manda.

—El Cine Placer... Batallas placenteras y nada más, mi *arma*.

—Habla bien, mostrenco... No es «mi

arma», sino «mi alma».

—Las dos cosas, cachonda de mis sesos. Mi *arma*, porque de hechos de armas tratamos y ¡lo otro!

—¿Lo otro qué es? ¡Quita la mano de acá!

—¡No la quito!... *Lo otro*, ¡en tu casita! ¡En tu *arcoba, sielo sereno!*

—Quita la mano—rezongaba la viuda, pero con voz y ojos tiernos, casi lagrimeantes de enterneciento, con los que desmentía sus palabras.

—«Ni quito... ni pongo rey: sólo ayudo a mi señor» como disen en la «Vida es sueño».

—No sé si será eso de la pieza que dices, mal guerrero, pero...

—El *pero* te lo daré yo esta noche...

—Ay!... ¡Que bien! Se hace obscuro otra vez... ¡nene!... No me sobes tanto esta nalga...

—¿Por qué, reina? Te hastío... ¡Si tienes un *flanco* derecho que atontolina!

—No es eso... Es que la otra cadera también pide su parte... ¡Así! ¡Ahora!... ¡Ah! ¡Qué ducho eres!...

—Soy ducho, y dicharachero... La verdá que tienes duras las carnes, casi tanto como un cañón de los de mi batería.

—¡Sargentillo!... ¡Besa!... Bésame...

¡más!...

—¡Viuda recarsitrante!... No vayamo a tentá otra escaramusa como ante... que ahora no pué ser... Además, ahí en la fila de atrás, hay una parejita de tórtolos, que me río yo de una película d'esa de *serie*...

III

De las escaramuzas y combates más o menos cupidinescos a que se entregaban nuestros cálidos combatientes en la procelosa semi-penumbra del Cine Placer, no podemos ocuparnos con mayor detenimiento otros personajes igualmente interesantes de silueta sugestiva y viva nos reclaman.

El pianista toca lánguidamente con una mano nada más las *teclas*... y con la izquierda toca a otra *Tecla* que tiene al lado y responde al toque (es una casada separada de su marido) con suspiros hondos y lamentos de gata en Enero.

Pasemos a ocuparnos de algunos de dichos acaecimientos. Pásase una película sin importancia *Los embates de la vida*... Dos muchachas ya creciditas, aunque no casederas que parecen ostentar unas oje-

ras delatoras de goces íntimos, se besan a través de la pantalla; tocan juntas el piano y acaban por repetir los besos con más ahinco, oyéndose los comentarios y los carraspeos entre el público que suele pecar de asaz malicioso.

Dichas muchachitas según la explicación que se dá en los rótulos de la película son:

MARGOT Y FIFINA

Oigámoslas (en la íntima penumbra celestinesca del Cine Placer). Su breve diálogo nos ilustrará:

Margot.—Tu indignación para conmigo es injusta, querida. Yo no accedí a su amoroso requerimiento sino a la fuerza y para evitarte un serio disgusto. ¿Qué hubieras dicho de tu mejor y más cálida amiguita, si a voz en grito, para rehuir sus lascivas cariciar hubiese demandado socorro y hubiese puesto en ridículo a tu amante, el bello Pecopín?

Ftfina.—Todo eso no quita que me hayas traicionado y que valiéndote de mi ausencia, hayas usufructuado a tu antojo mi dulce dueño.

Margot.—Déjate de dulces, que empalagan y los dulces de los novios todavía más. ¡Si tú hubieras visto cómo estaba!

Daba lástima el pobrete. Durante toda

la noche había tenido que soportar, tabique por medio, los arrebatos lúbricos de un trío de amor.

Fifina.—¡Anda! ¿Trío nada menos?

Margot.—No me interrumpas... y pon la mano a tu gusto sobre mi cuerpo a discreción... ¡Así! con más vehemencia... Me parece que con tus brazos en mi cintura, te cuento más a gusto.

Fifina.—Ay, que placer!... ¡Margotin!

Margot.—¡Fi... fi... na... na!... ¡Oh! ¡Qué besos tienes tan dulces!...

Fifina.—Di... me... Eso del trio.. Mis ojos se apartan del cuadro de la película y no veo más que lo que tú me explicas con tanto ardor. Como si fuera vivito... y coleando. ¡Sigue!

Margot.—En este *trio* de placer dos lindas muchachas juguetonas e ingénuas a medias, hacían las delicias de un libidinoso jovenzuelo.

Fifina.—¡Ah! ¡sí!... ¡El asalto!... Acaba...

Margot.—¡Si tú no acabas de interrumpir, locuela!...

Fifina.—¡Quién es el que *lo cuela?*

Margot.— ¡El diablo! Te decía que los amorosos asaltos, las refinadas caricias que extenuan; las sáficas posesiones que infunden nuevos bríos a los viriles nervios fati-



gados, todo el programa voluptuoso, en suma, del amor *a tres*, había sido recorrido y junto a él experimentado. Venía en tu busca, a fin de recobrar entre tus brazos, sensuales y ricos en hoyuelos y en extremecimientos voluptuosos, la tranquilidad, tan visiblemente alarmada, que hubiese sido una voluptuosa caridad negarle un consuelo.

Fifina.—¡Ah, pérfida! Luego ¿confiezas tu flaqueza, después de confesarla, pretendes disimularla bajo el manto hipócrita de la caridad!...

Margot.—¡Perdón! Bien mío, almibarito de mis labios.

Fifina.—Déjame: suelta... ¡Te detesto!

Margot.—¡Finita querida! Tú que conoces cuan insinuante, cuan irresistible es el amoroso contacto de tu amante; no perdonarás a quien cayó en su lazo y arrepentida implora?

Fifina.—¡No! No sigas así... Bien conoces, traidorzuela, mi probervial blandura...

Margot.—¡Oh! Llamar blandura a ese busto digno de una ninfa de Tiépolo, a esos brazos que se separan como las puertas de la gloria cuando esta manita ruda llama quedo a la cancela!

Fifina.—¡Adula, adula, mala pécora! Así, puede que acabes por conseguir lo

que pretendes. Pero yo estoy ofendida, ofendidísima por tu villana acción.

Margot.—¡Cielín! ¡No!.. No pongas ese hociquito, ni ese tono, ni esa voz de patrona de casa de huéspedes a fin de mes.

Fifina.—Es que... Fíjate bien: Tú, aprovechando mi obligada ausencia para entregarte, rendida y amorosa—¡Sí, señora! rendida y amorosa, no quieras negarlo—a mi amante actual, el más de moda!...

Margot.—¡Oh! ¡Yo! Pero...

Fifina.—¡Si al menos hubieses esperado a que yo regresara!

Interrumpamos a tiempo este diálogo insinuante... que parece extraído de los diálogos de la dulce *Bilitis*, la antigua adoradora de las hembras, y pasemos a otra cosa.

IV

En la calle oíase un tango argentino repiqueteado con ese compás inconfundible de la música picaresca y grata de los pianos de manubrio.

Aquel tango canallesco y pimpante produjo estremecimientos de goce morboso y cascabelero en las entretelas de una criada

recién llegada de un puelo de Extremadura y cual novio era el organillero cuyo modo de manejar la manivela le era conocido a la tal extremeñita... ¡Cosas del amor!

En efecto: Cambiarse la tocata por el cuplé mejicano de la *Cucaracha*, lo que demostraba que el chulillo organillero dejaba en manos del compañero su tarea musical para él ir en busca de tareas más cachondas y un tanto más *oscuras* de procedimiento, todo fué coser y cantar.

—¡Nena!...

—¡Eloy!...

—¡No te muevas tanto, chacha!

—¿Por qué? si estas películas no me gustan... ¡Tu organillo me gusta más!

—¡Y que lo digas!

—¡Eloy! ¡Cálmame!... ¡Estoy que ardo! ¡Anda, nenito!

—¡Bien! ¡Ya! Sí. Es que vosotras las extremeñas con esas caderazas y ese empaque y ese...

—¿Ese qué? Dilo.

—Iba a decir ese ondulancia muslera que *sus* traeis ¡me sonrío yo de todas las diosas!...

(El, mientras parloteaba, por no permanecer manco, iba recorriendo los bajo relieves de la doméstica; ella se dejaba sobar como gata lasciva. Todo iba como sobre ruedas; ni más ni menos que el pianejo del organillero aquel).

—¡Eloy! ¡Nene!... ¡Qué bien tocas!...

—¡Ay! Poco sabes tú mi repertorio. Pa eso te me vas a venir con *menda* a los merenderos de la Bombi el día menos pensao!

—¿Qué vamos a hacer allí?—pregunta ella entre asustada y contagiada por el fingido entusiasmo del perillán de la manivela y tufos.

—Vamos... ¡Que te daba así...! Por recatada y por... To es marcarnos unos chotises y tragelarnos unos pajaritos fritos o unos bocadillos, to ello bañao con su correspondiente amontillao! Pero que la primer juerga, so pava!

(Cuanto más apretaba él en su parlamento, más apretaba los dátiles sobre los rotundos salientes y los entrantes de los fuertes muslos, duros, ámplios y de deliciosa contextura que la muchacha atesoraba. Ella ya ni sabía donde estaba, si en el cine, en la Bombilla o en el colmo de los placeres).

***

Daba la casualidad que las dos jovencillas un tanto aficionadas al *mareo*, que hemos mencionado, constaban entre las relaciones de doña Matea, la viuda que usufructuaba el apuesto Mochales y por

más señas Camila, la extremeña ha poco referida, estaba al servicio de la susodicha jamona, víctima de los asedios del aguerrido joven.

Con la verbena del Carmen llegó la hora de la *rendición* de aquella plaza fuerte.

El sargento Mochales, de bracero con Matea, satisfecha y rozagante, acompañados de dos vecinas insignificantes de la misma escalera y de la rolliza Camila, recorrían los puestos de melones, torraos y otras chucherías que a lo último de la *ca* el Carmen, la clásica Patrona del barrio, se habían instalado.

Precisamente allí un tío vivo de los más típicos ofrecía el infantil encanto de sus caballos de palo a las niñas y los grandullones, que gustaron tanto como aquellas, en todo tiempo, por los vaivenes y la algazara que con ellos se origina.

—Móntame tú, sargento: que yo no puedo.

—¡Caray Matea! Pídeme mis galones... Pero eres superior... superior a mis fuerzas!

—Mal guerrero ¡Anda!

—Pero si con cada asentadera de las tuyas aplasto yo una harca de esas del Rif o una tribu de bereberes.

Ella se sonrió ante la expansiva charla

del sargento.

Por fin, ayududa por el gallego que, cuidaba de aupar a las chiquillas y a los nenes, y gracias a un taburete espécial al que no le faltaba más que una pata para estar completo pudo la enorme doña Matea, ascender con toda su humanidad sobre uno de los caballos.

Pero ¡estaba escrito! Debido a la *mala pata* del taburete resbaló la soberbia grupa de la viuda sobre el primero de los tres «clavileños» del tío vivo y al resbalar, dió con su ampulosa anatomía sobre el resto del trío caballístico y ¡¡patatrás!! Cuan larga era vino a quedar tendida nuestra sin par doña Matea, poniendo de manifiesto al realizar tan imprevista voltera un par de despampanantes pantorrillas y algo ¡no mucho! de un robusto muslo que no fué bastante a ocultarle el pantalón de la militara.

Riéronse ante tan morrocotuda catástrofe carnal el gallego, el del tío vivo; Mochales que no había visto al natural, (aunque si palpado a su sabor) las ebúrneas pantorrillas de su víctima propiciatoria, la cual le ponía ojos de besugo antes de cocer, y reíase con todos ellos, pero con risa algo forzada, sin embargo, aquel incidente terminóle el galopín que le daba al ma-

nubrio, parte integrante del «tío vivo» y no era otro que Eloy, nuestro conocido.

Este ayudó a levantarse a doña Matea. Ella agradecida y contenta; moviendo las posaderas con garbo como para demostrar su serenidad y que allí no había *pasao ná*, volvióse al organillero y le dijo:

—¡Oye, pequeño!... ¡Que te esperamos en casa dentro de media hora; Arganzuela, veintisiete, triplicao, pa remojar la verbenita con *tos* nosotros, y que no faltes!

—¡Antes faltaría el sol, mi ama! ¡Estimando!—exclamó Eloy, Eloy echando una mirada de inteligencia, asesina si las hay, a la encaprichada doméstica que no le había perdido de vista desde que se acercaron todos al *tio vivo*.

V

— Aquí sí que vamos a tener cine —decía aquella noche Fifina.

—Y al natural, mi dueña—agregaba Margot su inseparable.

¿Por qué lo dices?—apoyaba la primera después de robarle a la otra un óculo muy apretado en los rosados labios y de sobarle ambos fresoncitos uno después de

otro, al desgaire, pero con rapidez de dedos maravillosa.

—Porque doña Matea y el sargento ¡hum!!

—No; que la Camila y el organillero ¡jeeem!!

—¿Qué hay del organillero, prendras?

—¡Ah! ¡Eres tú!... (Y no es feo el chico)

—Pa servirlas y siempre dispuesto pa el *enchufen*... ¡eso es!

—Pues aquí te quiero ver... ¡Mira!

Al decir ¡mira! la viuda, alegre como una pandereta, apartó una cortina y mostró al concurso un diminuto pianejo «corto de talla» pero que en «agarraos», tangos y foxtrot se traía dentro, lo suyo como cualquier instrumento de los grandes.

Acto contínuno empuñó Eloy la manivela y el baile comenzó a enardecer los ánimos y a hacer latir todos los pechos y otras muchas cosas que no se mencionan.

Apretujábanse ellas y ellos (cosa de media docenita bien seleccionada de parejas) y tan bien amoldábanse los muslos de ellas, rollizos y carnosos entre las piernas atrabiliarias de los bailarines, tales suspiros lanzaban unos y otras, que cuando el intrépido Eloy, quiso descansar el brazo, ya estaban los danzantes más encendidos que volcanes de «género chico» y más hú-

medos de sudor los rostros que los botijos del santo en la Pradera del Corregidor.

Para fin de fiesta y como para que no todo fuera baile, la rolliza viuda, que en eso de las novedades era un *Edisson* con faldas, invitó asus contertulios a pasar a un saloncito donde reinaba una penumbra halagadora y propicia a los cuchicheos y al afrodisiaco parcheo más desenfrenado, y que a todos les recordó, como en una reducción inesperada, los dulces momentos del *Cine Placer*.

Los asombrados concurrentes se instalaron entre las tres o cuatro filas de sillas. Fuéles servido incontinenti un gratísimo refresco: pastas, roscas y otras fruslerias, amén del indispensable y clásico Valdepeñas, al que nadie hizo ascos, como es lo corriente y lo curioso en tan solemne ocasión como una verbena madrileña. Luego que se hubieron refocilado de lo lindo, embaulando alegremente cuantas golosinas les fueron distribuídas, los contertulios de doña Matea, a una seña de ésta, guardaron el más profundo silencio Indudablemente la ex-militara les iba a dejar turulatos a todos con otra de sus dislocantes sorpresas, la que no tardó en presentarse, previa la percepción, el ruído característico del *arco* de una lámpara de cinematógrafo, an-

tes de principiar la sesión.

—Cuadro primero —canta oronda y satisfecha la sin par viuda. Derrota de la *seña Putifara*, mujer del rey Putifar y triunfo del casto José.

Este cuadro bíblico fué proyectado en una picante parodia: con deshabillés bíblicos (¿¿), carreras faraónicas, *etc.*. *etc.*

En tanto las manos y los labios de los concurrentes no paraban un instante, imitando a lo vivo las escenas proyectadas.

—¡Bravo! Bien!... Eso es cine de rechupete y no esas porquerías que vemos toos los días como «El Fantasma Verde o la Hija de un ahorcao... ¡Ele. las viudas cinematográficas!

—Y peliculescas ¡digo yo!

—Más *culescas* de lo que muchos se figuran—comentaba, archisatisfecho el sargento Mochales, reconociendo el *terreno* sobre el cuerpo del ama de la casa, antes de rendir la plaza.

***

Minutos más tarde mientras seguían proyectándose otras cintas de sabor picante, como «Las cuatro lavanderas»; «La sorpresa en pleno campo», «Piernas y brazos» y otras de igual jaez, y en tanto los restantes *espectadores* y *actores* (todo en una pieza) hacían de las suyas, sin dejar

de absorver con los ojos los incidentes que aparecían en la pantalla blanca, el bizarro Mochales y la no menos amartelada doña Matea (ésta en brazos de su galán galoneado) le tocaba con fruición los galones, para cerciorarse de que su vencimiento no era ficticio, libraban la suprema lucha, empleando, en vez de los atributos de Marte, las armas inmortales de Cupido, las flechas y el carcaj.

El pequeño *Cine Placer*, reproducción del otro, constituyó aquel día memorable y verbenero, el punto obligado de reunión de aquellas parejas dichosas, aficionadas al sublime goce de cuantos momentos sublimes y espasmódicos encierra este valle de lágrimas.

FIN

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

PUBLICACIÓN SEMANAL

LEA USTED LA HERMOSA

COLECCIÓN PLACER

CACHONDA Y SABROSA — CADA TOMITO 10 CTS.

La primera noche de amor.—Suspiros tiernos. - Fiebre de amor.—La mujer del prójimo.—Goces supremos. Picardías de novios.—Horas placenteras.—Cariñitos de mujer. — Amor en globo. — Misterios del lecho NO conyugal.—Granujadas amorosas. — Amores crueles. - Trapisondas de mujeres. Los amores de Fausto.—Historia de tres amores.—Una boda extravagante. — Sangre ardiente. Enredillos de hembras. Palomitas tiernas.—El beso del camino. — Un maridazo. -- Las hijas de Venus.--Centro Galante.—Delicias del amor.--La mujer ajena.--La Sabrosa.--Secretillos de alcoba. - La Isla del amor.- Un matrimonio modelo.—La Virgencita. Las nenas cachondas.—Mujeres tunantes-- Canalladas de Cupido.--Travesuras de un conejo.--Diabluras deliciosas. Paquita la blanda.—Lechos voluptuosos. Don Pepito se las trae.—Toma tripita.—Un catre cachondo.—Los labios de Isabel.—Noches sicalípticas. - Mordiscos femeninos.—¡Venga cadera! El bosquecillo de Venus.—El sexo débil.—Una tía sin vergüenza.—Caer de espaldas.—La danza de la popa.—Muslografía física.—Boquitas de piñón.—Ombligos movilizados.—Los agujeros de Trini.—Vahidos sicalípticos.—Las rocas peludas.—Vaivenes caderiles. - Memorias de un lunar. - La saeta de Cupido. — ¡Viva la faldamenta!—Ajetreos amorosos. — Lamentos de un somier. — Un Canuto libertino.- Las NALGAS marinas.-A punto de caramelo.—¡Vaya cardo!—Los tres besos y medio. - El morrongo de Venus.—¡Toma candela!—La liga perdida.—Cine placer.

COLECCIÓN

¡¡VIVA LA GRESCA!!

La última palabra del despiporren — 10 tomitos

Riquísima presentación — Cada tomito 20 Cts.

Publicaciones Alegres — Barcelona - Buenos Aires